

Estrategias laborales y domésticas de las mujeres cubanas en el período especial¹

Isabel Holgado Fernández

EL AGRAVAMIENTO DE LA CRISIS ECONÓMICA Y SOCIAL QUE devino en Cuba tras el derrumbe del campo socialista y las repercusiones de las medidas adoptadas por el Gobierno, en lo que denominó «Período Especial en tiempos de Paz» han afectado de forma dramática a la población femenina, siendo ésta el grupo que mayor dislocación ha sufrido tanto en los ámbitos laboral y doméstico como en el subjetivo.

Las medidas de choque para paliar los efectos del colapso económico se aplicaron en el último trimestre de 1990. Entre otros, los programas priorizados fueron la producción alimentaria («para asegurar los alimentos básicos a la población»), la industria azucarera, el Turismo (sector principal donde se permitió la inversión de capital extranjero) y la Seguridad Social, que engloba la Educación y la Salud, cuyo presupuesto, según datos oficiales, creció un 33% entre los años 89 y 93.

La despenalización del dólar en 1994 y la implementación de mecanismos de mercado controlados estatalmente, complementaron el paquete de reformas urgentes que perseguían garantizar los logros obtenidos en la obra social de la Revolución y menguar en lo posible los efectos negativos sobre la ciudadanía.

Sin embargo, a seis años vista de estas resoluciones, es evidente que las consecuencias del derrumbe económico

¹ Ponencia presentada en la 1ª Conferencia Mundial sobre Estudios Cubanos, organizada por el Cuban Research Institute y la Florida International University, celebrada en Miami los días 9, 10 y 11 de Octubre de 1997.

han sumido al pueblo cubano y, en especial, a sus mujeres, en una trágica encrucijada: incremento de la desocupación y el subempleo, aumento de la deserción escolar, inversión en la pirámide de ingresos (a menor cualificación, mayor remuneración), agudización de la estratificación social, elevada corrupción administrativa y policial, hacinamiento en las viviendas, deterioro de las condiciones materiales de vida familiar, inestabilidad en las relaciones de pareja, aumento de la delincuencia y prostitución y, en definitiva, la agresividad y el individualismo como pautas predominantes en las relaciones sociales, son algunos de los efectos más sangrantes de la actual coyuntura en la isla caribeña.

La necesidad de máxima productividad económica en el proyecto revolucionario fomentó la incorporación masiva de las mujeres al trabajo asalariado: en 1995, el 42,3% de las mujeres eran contabilizadas como población activa, pero el porcentaje de trabajadoras disponibles se elevó hasta el 54%, tras el cierre de industrias y otros centros laborales, sin incluir el considerable número de «trabajadoras desalentadas», o aquellas que no buscan empleo porque consideran su esfuerzo inútil, dado el bajísimo poder adquisitivo del peso cubano.

En los programas priorizados por el Estado, se apreció un avance de la presencia femenina en Turismo y Ciencia, así como en sectores de tradicional participación elevada: Salud y Educación. Pero las mujeres se concentran en los niveles inferiores de la escala de promoción y, por ende, de menor remuneración. Es cierto que el Gobierno asegura igual salario a igual trabajo, pero la segregación ocupacional introduce una brecha de género que 38 años de Revolución no han sabido solventar. Mirta Rodríguez Calderón, en un estudiando artículo publicado en *Bohemia* en abril del presente año, se preguntaba: «¿en qué posiciones se ubican las mujeres, cuántas son jefas de organismos, directoras, presidentas, cuántas disponen de despachos o suben a las tribunas?». Sí, existe igualdad de salarios, pero no una equitativa ubicación en los puestos mejor remunerados.

A modo de ejemplo, aunque las cifras muestran que en Educación un 48,6% de los dirigentes son mujeres, estos datos responden fundamentalmente a las directoras de escuelas primarias y no a la promoción en los niveles superiores. Es imposible hallar en Cuba datos que informen sobre qué porcentaje del fondo de salarios nacional va a parar a las mujeres. Esta ausencia es, cuando menos, reveladora.

Igual suerte han corrido las mujeres en los puestos dirigentes. Si ya antes del Período Especial su presencia era quasi simbólica (sólo 3 mujeres pertenecen al Buró Político del Partido Comunista, lo que supone un pírrico 12%), la actual coyuntura ha supuesto un destacable retroceso en todas las esferas con poder decisorio. La razón argüida por la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) se basa en la sobrecarga de trabajo, por una cotidianeidad difícil y, especialmente, por la no transformación total de la herencia cultural-ideológica del anterior sistema patriarcal.

Por su parte, Mirta Rodríguez lo llama significativamente «la vuelta a casa» en oposición a la FMC que descarta cualquier retorno al hogar. Para ello se basa en el aumento continuado de la población activa femenina, situado en el

ya citado 42,3%. De cualquier forma, este porcentaje no arrojaría esa cifra sin la autorización, en septiembre de 1993, del Trabajo por Cuenta Propia, que permitió a muchas mujeres reubicarse laboralmente y, a otras, las amas de casa, incorporarse a la esfera del trabajo público.

Dentro de esta nueva categoría laboral, las mujeres son mayoría entre peluqueros, manicures y masajistas. En la artesanía, suelen ser las tejedoras y las creadoras de bisutería. Pero es en el área gastronómica donde tienen una aplastante presencia, ya sea ofertando «golosinas» en las llamadas sombrillitas, ya sea regentando paladares (restaurantes limitados a 12 cubiertos instalados en sus casas) o vendiendo a domicilio sus productos. Es en este contexto que la afirmación de Mirta Rodríguez de «vuelta al hogar» adquiere toda su dimensión: una parte de la población femenina no abandona el trabajo remunerado, pero lo realiza desde las «cuatro paredes» de su hogar, extendiendo a la sociedad una de sus principales labores domésticas, esto es, proveer y alimentar a los miembros de la familia.

Muchas de estas mujeres son jubiladas, con trayectorias laborales meritórias, que se han visto obligadas a retomar su rol de principal proveedora del núcleo familiar. Además, muchas de ellas no constan como titulares en la licencia emitida por el Ministerio de Trabajo. Ellas trabajan, y sus maridos las representan.

Por añadidura, en los últimos meses, los altísimos impuestos que gravan sobre todo a la producción y comercialización de alimentos han supuesto varios miles de bajas ante la imposibilidad de hacer frente a éstos.

En el sector turístico emergente, las mujeres participan en torno a un 45%, pero de nuevo se ubican en los puestos de peor remuneración, alejadas del acceso a los dólares. Son ellas quienes limpian los suelos de las hamburgueserías y hoteles, quienes sufren jornadas de hasta 18 horas, encerradas en el cuarto de baño de señoras, percibiendo, como único salario, el menudo (calderilla) que las clientas tengan a bien dejarles.

Enmarcadas en la imparable economía sumergida, otras estrategias laborales tienen como principales protagonistas a las amas de casa.

Es el caso de las puertapropistas, que define a las mujeres (en mucha menor medida también hombres) que venden, puerta por puerta, los productos básicos a menor precio que los ofertados en el mercado agropecuario o en la «shopping». Estas mujeres se desplazan diariamente al campo para obtenerlos directamente del campesino o se los compran a los empleados estatales que los sacan clandestinamente de sus lugares de trabajo. Es la popularmente conocida como bolsa negra. Entre estas mujeres predominan jefas de familia y jubiladas, sin apoyo marital o familiar.

El alquiler de habitaciones en las casas privadas y cocinar «una auténtica comida criolla» para turistas son otros de los medios usados por las mujeres para aportar dólares a la economía familiar, facilitado por el enorme problema de escasez de viviendas que sufren principalmente los núcleos urbanos y la creciente demanda de «sitios invisibles» por parte de los cubanos provenientes del interior que llegan a La Habana o Santiago, en busca de una mejora en sus

condiciones de vida. La clientela entre los turistas, deseosos de ahorrarse unos dólares en el alojamiento, también ha mostrado un considerable aumento.

Pero, sin duda, la «nueva» estrategia femenina que mayor trascendencia tiene es el jineterismo o prostitución con los turistas, no sólo por las implicaciones a nivel individual y social, sino también porque ha puesto al Estado cubano en el punto de mira de la opinión internacional.

Las jóvenes que se dedican a esta prostitución sui generis pertenecen a un amplio abanico socio-educativo, aunque predominan las que no llegaron a niveles superiores o provienen de una familia desestructurada. Muchas de ellas provienen de las zonas campesinas del país: son «guajiras», como las denomina despectivamente un sector amplio de la población citadina. Generalmente su dedicación es intermitente, es decir, salen en busca del cliente potencial cuando los dólares se han acabado o tienen una necesidad concreta, aunque muchas de ellas utilizan sus profesiones (bailarinas, masajistas...) como plataforma para sus actividades. Prácticamente todas, implícita o explícitamente, tienen como principal objetivo enamorar a un extranjero que las saque del país o se convierta en su pigmalión particular.

La franja de edad es amplia, aunque los turistas cada vez las solicitan más jóvenes y, en su totalidad, son las principales, si no las únicas, proveedoras de sus familias. Una joven entrevistada lo ilustra así: «todas ayudan, todas. Hasta la más mala, le compra a su madre un pomito de aceite para cocinar».

La prostitución en Cuba es una actividad penada: sólo bastan tres advertencias para exponerse a una pena de privación de libertad de hasta 8 años.

El despliegue policial es formidable: en ciudad de La Habana o Varadero, los policías controlan continuamente los puntos «neurálgicos», éstos son, los de mayor afluencia turística. Muchos de ellos obtienen un sobresueldo con la extorsión y la vejación a que someten a estas niñas-mujeres, especialmente si éstas no gozan de la «protección» de un proxeneta que, en no pocas ocasiones, es su propio marido o pareja. La figura del chulo ya es cotidiana en el deshumanizado paisaje que cobija a estas mujeres.

Oficialmente, sólo practican el jineterismo las féminas, obviando a los muchos jóvenes que intercambian sus cualidades amatorias por una entrada a una disco o unos vaqueros, cuando no por un pasaporte al exterior. Esta omisión es consecuente en un estado dominado por la ideología de la preeminencia del falo. Los hombres no se cosifican. Ellos seducen y conquistan; ellas se entregan y comercian con su cuerpo.

La erradicación del jineterismo y la delincuencia son, teóricamente, prioridades máximas en las medidas sociales de cara a afianzar el avance del sector turístico. La triste paradoja es que, las jineteras, se han convertido en excelente reclamo turístico para las hordas de machos que abarrotan los vuelos carácter en busca del mito sexual que envuelve a la mujer cubana. Y si es negra, mejor que mejor. ¿Creen ustedes que algún turista ha sido sancionado por traficar con las hijas de la Revolución?

El gobierno cubano, lejos de asumir el fracaso de su política economicista para subvertir los valores heredados y crear otros modelos de relación, ataca a

las mujeres que se prostituyen y a todo el submundo articulado alrededor de ellas (chulos, policías, trabajadores del Turismo, traficantes...), que generan y manejan una importante cantidad de dólares que escapan al control estatal. La hipocresía del estado cubano se reafirma en las diferentes opiniones sobre su razón de ser desde distintos foros oficiales: «el móvil es un cierto culto a lo suntuario y a la ostentación», «las mueve un cierto afán de lucro», «es un raro virus de consumismo ajeno a los valores espirituales de la revolución», «buscan trabajos que no implican demasiado esfuerzo físico», «no se llega por una compulsión de miseria que atenta contra sus vidas». Una afamada periodista tuvo la osadía de etiquetarlas como «flores desechables».

Sólo la FMC ha calificado al fenómeno de multicausal y, sin desdeñar las razones económicas, ha introducido la óptica de género, denunciando la percepción y autopercepción discriminatoria de la mujer/objeto sexual, situando la problemática en un contexto mucho más real.

El trabajo doméstico y la vida familiar es el ámbito donde, junto a los servicios sanitarios, más ha repercutido la grave situación económica.

Las restricciones en el fluido eléctrico y el combustible para cocinar, así como las dificultades para aprovisionarse de agua han alargado enormemente la jornada laboral de todas las mujeres. Si añadimos la escasez o el elevado precio de muchos productos básicos para la supervivencia, hacen que las mujeres cubanas tengan que «inventar» continuamente, sobre todo por la escasa o nula cooperación del marido o compañero en las tareas del hogar.

En la pareja, el modelo tradicional continúa reproduciéndose: persiste una doble moral en cuanto a las posibilidades de las mujeres y una mayor sobrecarga de éstas en las tareas domésticas y en la educación de los niños.

Alrededor del trabajo del 85% de los hogares cubanos recae únicamente en manos femeninas, siendo insignificantes las diferencias en función de la inserción socioclasista, del vínculo laboral o del tipo de trabajo remunerado que desempeña la mujer.

Respecto a los hijos, se perpetúa el modelo sexista en la distribución de las tareas, siendo las jóvenes de 14-16 años las sucesoras incuestionables de sus madres.

Por su parte, el Estado delega de nuevo funciones sociales (servicios de guardería, provisionamiento de alimentos, atención a los ancianos...) en las mujeres, a la vez que determinados servicios que se contrataban en el mercado, tales como lavanderías y tintorerías, vuelven a enmarcarse en el hogar. El gobierno no escatima elogios a la importancia de la familia para la reproducción social, asegurándose así, en momentos de escasos recursos como el actual, la asunción pacífica «de sus deberes» por parte de las mujeres.

La preeminencia del mito de María o de Mariana Grajales en el imaginario cubano es el factor determinante para mantener la flagrante asimetría de responsabilidades en los hogares cubanos: la madre abnegada y entregada a su prole se erige en el eje familiar, alrededor del cual gira la estabilidad y la supervivencia de la unidad doméstica.

Esta sobredimensión del rol de madre y esposa legítima la política guber-

namental para socializar el trabajo doméstico. Los ideólogos e ideólogas nunca cuestionaron ni reflexionaron sobre la naturaleza del mismo. Se siguió esencializando el trabajo doméstico como algo inherente al ser femenino. Algunas de las mujeres entrevistadas, independientemente de su nivel educativo o profesional, justificaban a los hombres de su casa por no asumir responsabilidades en el hogar. Es claro que las mujeres participan en gran medida del sistema de representaciones que las oculta.

La solidaridad femenina entre familiares y amigas permite paliar, en cierta forma, las enormes cargas a las que tienen que enfrentarse a diario. Las madres se han convertido en ayudas decisivas, especialmente para atender a los nietos y no perder los alimentos que llegan a la bodega.

El trueque de alimentos normados o medicinas también es común entre las mujeres: picadillo de soya por arroz, un poco de café por frijoles, lubricante por una tela de saya, un pomito para el asma por unas onzas de grano...

Recurrir a la bolsa negra para proveer de alimentos la olla familiar se ha convertido en recurso indispensable para aliviar las importantes carencias alimentarias, aunque el mercado sumergido de alimentos ha perdido fuelle tras la apertura, en el año 94, de los mercados agropecuarios.

La canasta familiar ha sufrido un descenso espectacular a pesar de que fuentes oficiales estiman que el insumo calórico diario disminuyó sólo en un 14%. Lo cierto es que productos como la leche, el pollo, la carne de res y el aceite, desaparecieron de las bodegas, algunos de ellos, desde el ya lejano año 92.

El mayor déficit alimentario se centra en las proteínas, que el Estado pretende compensar con 7 huevos mensuales por persona y dos libras mensuales de pescado. Los precios de los mercados agropecuarios y las «shopping» son absolutamente prohibitivos para toda la población que no dispone de dólares que añadir a su sueldo en pesos cubanos.

A pesar de esta multiplicación de sus tareas, las mujeres cubanas son las primeras dinamizadoras de la comunidad, participando activamente, y en mayor número que los hombres, en las actividades barriales, los CDR, las delegaciones de base, en los sindicatos, la federación y en las escuelas y consultorios como auxiliares...todo ello ejercido de forma gratuita. Ésta es una clara forma de servidumbre voluntaria que los demás llaman amor.

CONCLUSIÓN

Es evidente que 38 años de socialismo cubano no han bastado para desterrar las relaciones asimétricas entre sexos. La ideología marxista de la Revolución parte de un error de planteamiento, al constatarse que la eliminación de las clases sociales omitía otras divisiones sociales no secundarias, como la de género y la racial, que forman parte intrínseca de la reproducción de la desigualdad social. La homogeneización impuesta oficialmente truncó la posibilidad a las subculturas de crear sus propios moldes y categorías, de ser protagonistas en el diseño de las instituciones que rigen toda sociedad.

El aparato estatal cubano y la creación de sus políticas oficiales siguen estando bajo total dominio masculino. La FMC, aun cuando ha auspiciado

proyectos claramente reivindicativos de los derechos de las mujeres y, entre sus filas, han trabajado y trabajan mujeres realmente concienciadas y capacitadas, ha visto diluida su capacidad de acción por la carencia de autonomía ideológico-política, y en gran número de ocasiones ha sido el instrumento más eficaz para legitimar y reproducir lo que Eldhom ha denominado la «patriarquía».

No debemos olvidar que los hombres cubanos son también víctimas de esta ideología del supermacho porque ellos también deben asumir, sin objeción, la identidad asignada. Nunca olvidaré la amargura de un joven cubano que, al asumir el rol de amo de casa, mientras su esposa proveía al hogar de dólares obtenidos en el sector turístico, se había visto literalmente excluido del mundo varonil en el que, hasta ese momento, era aceptado.

En la diáspora cubana y, especialmente en Miami, el panorama no es mucho más esperanzador. Como ejemplo, las lagunas académica y editorial acerca del papel, sin duda importantísimo, desempeñado por las mujeres cubanas en el exilio. Y qué decir de los hombres y mujeres negros. Obviamente, el silencio u omisión es la forma más eficaz de exclusión. La jerarquía por género persiste en todos los sistemas sociales conocidos.

En definitiva, la trampa ideológica del poder doméstico femenino sigue mostrándose desgarradoramente eficaz: les otorga a las mujeres más trabajo, más sacrificio, más insatisfacciones y, por supuesto, las aleja del ejercicio político del poder, situándolas en sempiterna desventaja en los procesos de decisión respecto a los hombres. Las mujeres cubanas baldean la casa...mientras los hombres deciden por ellas. Ellos piensan, ellas ejecutan; ellos deciden, ellas palian y subsanan los resultados catastróficos de sus políticas. ¿Acaso fueron las mujeres cubanas quienes mandaron a sus hijos y maridos a Angola?

Se sigue infravalorando la acción real y transformadora de las mujeres. Ellas son las verdaderas dinamizadoras del cambio social en sus infraestructuras básicas y, en el Período Especial, están ejerciendo de amortiguadoras, de elementos clave, para evitar un predecible colapso. En los momentos de cambio, surge el potencial femenino al espacio público, porque los límites espaciales sólo existen en el discurso dominante: el campo de acción de las mujeres no entiende de demarcaciones impuestas cuando se trata de asegurar la sobrevivencia de los suyos.

Las mujeres cubanas siguen «inventando» y «resolviendo» para asegurar la estabilidad familiar y social, aun a costa de grandes renunciaciones.